

PRÓLOGO

Este libro recoge las diversas ponencias y la mayor parte de las comunicaciones que fueron presentadas en el VI Congreso de Historia Local de Aragón, celebrado en Ejea de los Caballeros en julio de 2007. La finalidad esencial de estos encuentros bianuales –servir de plataforma para la presentación y discusión de investigaciones desarrolladas prioritariamente por alumnos de los últimos cursos de carrera, de doctorado y licenciados vinculados al territorio aragonés– delimita claramente sus características, entre otras la amplia diversidad temática y cronológica que permita encuadrar investigaciones de orientación y características muy diferentes. En este caso, el Congreso se organizó en cuatro grandes bloques temáticos con dilatada cronología extendida a toda la contemporaneidad: violencia política y terrorismo; historia de las mujeres; franquismo y transición; identidades en construcción e historia cultural. Atendiendo a esta diversidad, que se deduce de los propios títulos de ponencias y comunicaciones, no resultará en modo alguno sorprendente que alguien llegue a la conclusión de que se trata de un «cajón de sastre». Y lo es, sin duda, siempre que tal caracterización no entrañe carácter peyorativo. Pero, más allá de las evidentes diversidades temáticas y cronológicas de los textos, cualquier lector interesado y atento descubrirá no pocos nexos de unión que dan, si no uniformidad, sí coherencia al conjunto de lo que aquí se recoge.

Entre estos nexos, late un quehacer intelectual de los investigadores –a veces, por sernos habitual, infravalorado e incluso pudorosamente ocultado– que conlleva una identificación y selección de los problemas a abordar; búsqueda de fuentes de información; jerarquización, ordenación y resolución; desarrollo y plasmación por escrito y, en su momento, en el Congreso, exposición, argumentación y debate oral de los *cómos*, *porqués* y *paraqués* de sus planteamientos y conclusiones. Quizás, por ello, no sea mérito menor de este libro contribuir a poner de manifiesto, y por ello en valor, el trabajo y la inteligencia crítica de los licenciados en Historia y, por extensión, en Letras.

Por otra parte, entre los rasgos comunes que hilvanan las distintas investigaciones se encuentra el que consideramos sentido universitario más auténtico e ineludible. Esto es, la aspiración a la universalidad del conocimiento y al

abordaje de problemáticas partiendo, en muchos casos, de lo que a cada uno le resulta más próximo e inmediato. De ahí que hayamos considerado oportuno aglutinar estas contribuciones bajo el encabezamiento general de «Universo de micromundos». Cada realidad concreta no deja de ser un localismo, un micromundo; pero cada uno de ellos, cada micromundo, encierra, si se sabe mirar, si se sabe analizar –esto es, si quien mira y analiza tiene preocupaciones, perspectivas y afanes universales–, problemáticas de universo.

Por ello, desde esta pretensión explícita, las seis ediciones celebradas bajo el epígrafe de «Historia Local de Aragón» han mantenido como objetivo primordial aportar un enfoque de la historia contemporánea como fenómeno procesual comprensible desde una escala local y micro, ciertamente, pero huyendo por una parte de las visiones de «campanario», en tanto que fin en sí mismas, y, por otra, de la concepción de que la suma de «campanarios», su mera acumulación por agregaciones y añadidos, determinan conocimiento y problemáticas universales. Frente a ello, se ha pretendido optar por el telescopio y la herramienta de la historia comparada, prioritariamente la europea, con objeto de formar profesionales de la disciplina consistentes y analíticos, pero también actores sociales –ciudadanos en el estricto sentido del término– conscientes y críticos del devenir histórico y comprometidos con su tiempo; sujetos capaces de reaccionar con racionalidad e inteligencia ante los hechos sociales a partir de la confianza que otorga su comprensión, tanto en su profundidad histórica como en su complejidad cultural. Porque eso que llamamos historia no deja de ser una construcción mental, como lo es toda actividad intelectual y, por tanto, un producto cultural susceptible de ser usado de múltiples maneras como instrumento poderoso para movilizar voluntades de acción colectiva y, por ello, con capacidad de influencia en el entorno social del presente. Conscientes de que la diferencia entre la mayor o menor cientificidad del saber histórico no sólo depende del método, del trabajo y de la racionalidad de los sujetos que lo construyen, sino también, y no necesariamente en menor grado, de su capacidad autocrítica –lo que bien puede traducirse como honestidad intelectual–, se trata, al menos como pretensión, de estimular –en realidad, de estimularnos– para llevar a cabo esa tarea sin otro compromiso ni ligadura que la permanente actitud crítica y el reiterado cuestionamiento no solo de «las verdades» en abstracto y dominantes, sino también, y especialmente, de las nuestras propias.

Entre los riesgos que siempre han amenazado al saber histórico, no son los menores la creciente extensión y utilización de la historia-mito, por una parte, y, por otra, la sacralización de unos determinados valores presentistas que se pretenden inmutables y definitivos en el espacio y en el tiempo. Quizás ambos no dejen de ser, en el fondo al menos, la doble cara de una misma moneda, aun cuando en el primero de los aspectos suelen estar más presentes los

«micromundos» y «campanarios» y en el segundo «el universo», al menos los epicentros del universo. No estará de más, a este respecto, señalar dos ejemplos.

Finalizada la conmemoración de Los Sitios de Zaragoza, el libro que tiene ante sus ojos se inicia con unas sugerentes páginas acerca de cómo se construye el arquetipo de Napoleón y de José Bonaparte en tanto que personajes de una malignidad extrema —«furias del infierno»— y peligrosos enemigos de España. Muchas de las proclamas de las distintas Juntas subrayaron, como indica Alberto Ramos, la maldad intrínseca de Napoleón planteando la insurrección como «una nueva cruzada a favor de la religión». La extrema complejidad, no obstante, del período bélico y revolucionario de 1808 a 1814, contrasta con algunos espectáculos ofrecidos en el marco de la celebración del Bicentenario de Los Sitios, con capellanes y sacerdotes dando la extremaunción a los caídos por las calles de Zaragoza en la última recreación y con la Iglesia, al frente el Padre Bonal custodiando a Palafox y siempre protegiendo a los aragoneses. Uno entiende que existen lo que se ha dado en denominar «intereses turísticos» y también que, al final, esto es un producto cultural más. Un producto que puede tener un componente divulgativo con elementos positivos. Por ejemplo: ¿por qué había polacos entre las tropas napoleónicas? No por capricho ni azar, desde luego: los polacos de la Legión del Vístula ayudaban a Napoleón porque eso significaba poder liberar Polonia del yugo austrohúngaro absolutista. Un yugo y un absolutismo, con alianza de trono y altar, parecidos a los que iban a imperar también en España tras el regreso de *El Deseado* Fernando VII. Pero, si se va al meollo de la cuestión, cabe preguntarse qué tipo de mitos históricos aragoneses y españoles se pretendían ahora relanzar. Y, junto a ello, si tiene sentido conmemorar las guerras en clave de emoción y patriotismo. Desde luego, basta contemplar los grabados de Goya sobre *Los Desastres de la Guerra* o leer los *Episodios Nacionales* de Galdós, para que a uno le invadan otro tipo de sentimientos y, sobre todo, una imagen de las guerras que, más que invitar a, reclama no volver a repetirlas.

Lejos de su uso como práctica repleta de inercias autorreferenciales, este libro deja de lado la historia unilineal y se interesa también por *el otro* y sus motivaciones, ayudando a su búsqueda. No sólo se pregunta por dónde estamos y cómo hemos llegado —los ejeanos, aragoneses y españoles—, sino también por dónde están los demás. Este enfoque abona en la educación multicultural —tan mencionada, pero poco practicada— y propicia la constitución de una identidad global que se sustenta en la búsqueda del *otro*, se interesa por él y lo considera. Al fin y al cabo, la tarea de los historiadores profesionales es la indagación de los hechos, el establecimiento de una historia-proceso en todas sus dimensiones, con su densidad diacrónica y su complejidad cultural.

Mas si, como decíamos, uno de los riesgos para esa tarea es el de la localista tentación de la historia-mito, no lo es menor aquel otro que, con vocación

y planteamientos globalizadores, no hace sino sacralizar unos determinados valores presentistas identificándolos como los únicos posibles y además sin fecha de caducidad, imperecederos.

Al escribir estas páginas, no podemos obviar que asistimos a una profunda crisis económica internacional, para algunos crisis sistémica, epocal en cualquier caso. Ni tampoco que, hasta hace poco, Milton Freedman, sus *Chicago Boys* y su abundante e influyente grupo de corifeos aseguraban que el mercado iba a solucionar todos los males sociales, al menos los materiales. Son los mismos, o sus representantes, que pusieron en boga hace unos veinte años, coincidiendo con la caída del Muro de Berlín y aprovechándose de ella, el declarado fin de la historia, caracterizado por la muerte de las ideologías y por el triunfo impareable y permanente de la democracia liberal. A estas alturas, y en esta situación, ¡qué lejano parece todo ello! Ya no resulta racional pensar que el mercado por sí solo resolverá los problemas sociales, o que la historia ha llegado a su fin. De igual modo, los defensores ayer del monetarismo están hoy patrocinando la fortaleza y funcionalidad del Estado. El futuro incierto, y sin duda complejo, que se presenta ante nosotros hay que afrontarlo sin sofismas y con racionalidad. Pero racionalidad y pertinencia ni surgen de la nada ni son manás celestiales; provienen de la observación profunda de las actuaciones humanas y de sus devenires. En el análisis de los hechos del pasado y de sus constantes se encuentran claves para la comprensión del presente y la construcción de futuros más viables. El examen de una crisis no sólo deja ver continuidades y rupturas de un proceso dado, sino que también revela fenómenos de corta y larga duración, al modo de reverberaciones históricas más profundas y longevas.

Volver al pasado es imposible, casi siempre por fortuna. Lo que sí es factible es conocer, de manera racional, constantes en los procesos históricos, pues son ellas las que siempre aparecen en su trama básica, siendo por tanto las que permiten plantear las pautas sobre las posibles tendencias futuras del acontecer social. Así, por ejemplo, se conservan algunos testimonios de la época de la revolución industrial, finales del siglo XVIII, en los que los campesinos indicaban que el sistema industrial «nos ha quitado nuestra cultura, nuestra individualidad y nos ha convertido en herramientas en manos de otros». Estas ideas emanaban de gentes que, obviamente, nunca habían oído hablar de un marxismo todavía inexistente. Su pensamiento ha podido ser catalogado, con propiedad, como intuitivo e incluso como mero producto del instinto, pero no por ello dejaba de ser un modo de consciencia que determinaba actitudes, comportamientos y resistencias. No es extraño que Noam Chomsky, lingüista y activista político, haya indicado muy recientemente, en este mismo 2009, que la crisis financiera internacional y sus consecuencias sobre la economía real vuelven a impulsar ideas que entroncan con aquella misma raíz. Al fin y al cabo no deja de ser un mismo vientre el que engendra opulencia y miseria, opresión y rebeldía.

No quisiéramos, por otra parte, dejar de señalar que el Congreso concluyó con la proyección de algunos fragmentos de la película *El cielo gira* y un coloquio en el que participaron su directora, Mercedes Álvarez, y uno de sus protagonistas, el señor Antonino. Ninguna metáfora mejor, quizás, por planteamientos y contenidos, para expresar este «universo de micromundos». En todo caso, aunque ha girado el cielo, y seguirá girando, sobre las cabezas de los seres humanos en los más diferentes lugares y en las más diversas circunstancias, ese girar no es desde luego ni monotonía de noria, ni obligada y uniforme dirección de agujas de reloj. Las acciones colectivas de los seres humanos, sus consciencias, sus interrelaciones, sus pasividades y sus luchas –su quehacer histórico, en definitiva– entrañan y marcan diversidades de ritmos y de orientaciones.

Por último, pero no en último lugar, queremos expresar los coordinadores nuestro agradecimiento a ponentes, comunicantes e inscritos, por su disponibilidad, conocimientos y participación; a la villa de Ejea de los Caballeros por su acogida y al Centro de Estudios de las Cinco Villas, a la Institución «Fernando el Católico» y a la Diputación Provincial de Zaragoza por su colaboración y patrocinio, imprescindibles, para la realización y desarrollo de este Congreso.

Carmelo ROMERO-Alberto SABIO
Coordinadores del VI Congreso de Historia Local de Aragón
Universidad de Zaragoza